

En aquella época murió, á los noventa años de edad, el anciano kyzlar-agazi, que participaba con la Sultana-Validé del privilegio de gobernar al débil-Mahmud. Fué reemplazado por un jóven Indio llamado Bekir, quien no tardó mucho en escitar contra su persona los clamores del pueblo. Secundado por un esclavo, llamado Suleiman, y por el Armenio Agop, instrumentos de sus rapiñas, tuvo la audacia, despreciando las leyes, de asesinar al mollah de Escútari, á quien habia ultrajado, porque se habia quejado y pedido justicia contra él. Todos los ulemas juraron vengar la muerte de uno de sus compañeros; pero Sultan-Mahmud, invisible á todos sus súbditos, permanecia encerrado en el fondo del serrallo, y la queja no podia llegar á su noticia. El pueblo, para que su soberano lo pudiese comprender, inventó un medio muy extraño, y que se ha repetido otras muchas veces despues: dispararon flechas guarnecidas con estopa azufrada, llamas *kondaks*, durante la noche, sobre los tejados de las casas de Constantinopla, que son de madera (1); durante veinte noches consecutivas aquellas señales espantosas indicaron al Gran Señor el voto mudo de la nacion; comprendió por fin que era preciso castigar algún gran criminal, y principió destituyendo á su primer ministro. Pero continuaban todavía las mismas señales; y el sultan iba tal vez para descifrar aquel espantoso enigma, á dar órdenes para cortar algunas cabezas inocentes, cuando el mufti se determinó á revelarles los crímenes de Bekir y de sus

derecho del mas fuerte llega á ser el código de los hijos de Adan; la sangre ó las lágrimas de las victimas atestiguan sobre esas planchas de bronce, que cada virtud ha encontrado su ajamiento, la debilidad su verdugo, la inocencia su opresor, y el pudor su sacilejo. Para evitar tantos crímenes y desgracias, para llenar las miras de Dios, mi sublime emperador, que es nada menos que la sombra de « Allah » en la tierra, invita á los príncipes cristianos á reconciliarse, y les ofrece su poderosa mediacion.

(1) Las casas de Constantinopla son por lo general de madera; únicamente los kbanes, las mezquitas y algunos palacios son de piedra. Esta circunstancia explica la frecuencia é intensidad de los incendios en aquella capital.

dos cómplices, le pidió justicia, sin ocultarle que si la negaba comprometeria su trono y su vida, y consiguió la sentencia y ejecucion de los tres criminales. Estas ejecuciones tranquilizaron al pueblo, y enriquecieron al tesoro con cuarenta y cinco millones de plata acuñada, sin contar las piedras preciosas y demás preciosidades que habia atesorado el avaro favorito. Este acto de severa justicia puso freno, por algun tiempo, á las rapiñas de los grandes del imperio, que por lo general quedaban impunes.

En aquella época (1746), apareció en la Arabia la secta de los *Wehhabis*, poco numerosa y despreciada al principio; pero que habia de ser, un dia, el terror del imperio turco. Un jeque, llamado Muhammed, natural del Yemén, se anunció como reformador de la religion musulmana. Reconocia el origen divino del Coran; pero lo comentaba de distinto modo que los Mahometanos-Sunnios, y pretendia devolverle su pureza primitiva. Apoyaba su mision con profecías supuestas, aplicándose una tradicion esparcida por el Egipto, que anunciaba la mision del nuevo enviado de Dios: decian que Suleiman, simple pastor, abuelo del jeque Muhammed, habia visto, soñando, salir una llama de su cuerpo, la que se esparció con velocidad por la campiña y abrasó á todos los habitantes. Esta vision, explicada por los jeques, anunciaba, decian ellos, que uno de los hijos de Suleiman impondria sus leyes á la Arabia. Sin embargo, á pesar de la profecia, Abdul-Wehhab, hijo de Suleiman, no fué el legislador que se esperaba, sino únicamente el padre del reformador Cheikh-Muhammed, quien por no desmentir sin duda al oráculo, dió á sus sectarios el nombre de *Wehhabis*. Despues de tres años de correrías inútiles por la Siria y las orillas del Eufrates, rechazado de al Meca, de Damasco, de Bagdad, de Bassora, volvió á la Arabia; apoyado allí por el Emir-Ibn-Se'ud, á quien habia afiliado á la nueva doctrina, la que abrazó toda la tribu que estaba á sus órdenes, si-

guiendo el ejemplo de su jefe, principió á convertir las poblaciones inmediatas por la fuerza de las armas, y tres años despues de sus primeras ventajas, emprendió la conquista del Arabia. Los discípulos de Cheikh-Muhammed, como todos los neófitos, se distinguian por su fanático entusiasmo, por sus rijidas costumbres, y por el desprecio de la muerte, causa principal de esos triunfos casi milagrosos que señalan siempre los primeros pasos de los lejisladores conquistadores. Ocupado únicamente Sultan-Mahmud de conservar la paz en lo interior y exterior de su imperio y la tranquilidad en su capital, despreció tan insignificantes adversarios, llamándole mas su atencion la Rusia. Esta potencia que no consideraba sus tratados con la Puerta sino como unas treguas necesarias para tomar fuerzas y volver á empezar las hostilidades, se propasaba á violar las cláusulas mas explícitas de los convenios, formando poblaciones, edificando fortalezas en los dilatados desiertos que se estienden del Bog al Nieper, barrera puesta por la naturaleza para separar los dos imperios. Receloso Sultan-Mahmud de aquella infraccion tan manifiesta de los tratados, exijió con toda formalidad que cesasen aquellos trabajos, satisfaccion que no pudo negar la czarina Isabel; pero no cesaron sino por algunos meses. La salud del sultan estaba gravemente alterada hacia ya algunos años: tenia una fistula que no le permitia montar á caballo, quiso, por conformarse con una ley política y religiosa á la vez, ir el viérnes á la mezquita de Santa-Sofía. Esta imprudencia, por no descontentar al pueblo, le fué fatal: rendido por la violencia del mal, apenas tuvo tiempo de llegar al serrallo, en donde espiró el 13 de diciembre de 1754 (22 safer 1168), en los brazos de los *tchohadars* (1) que lo acompañaban.

(1) Los « tchohadars » son los ayudas de cámara del sultan: el número de estos es de cuarenta. Acompañan al sultan á la mezquita; van ricamente vestidos y llevan á la cintura un látigo con largas cadenas de plata, un alfanje y un puñal guarnecidos de plata. El jefe de estos, el « bach-tchohadar, »

Tenia cincuenta y ocho años de edad, y habia reinado veinte y cuatro.

Todos en jeneral sintieron su muerte. Su carácter humano, afable y benigno le granjearon el amor de sus súbditos, porque no se le pueden imputar como crueldades las ejecuciones de los rebeldes que amenazaban trastornar la tranquilidad pública del estado, y que el interés jeneral reclamaba aquella vindicta: inclinado naturalmente á la clemencia, perdonó la vida á los ministros que habian incurrido en su desgracia. Tenia mucha inclinacion á las artes liberales y mecánicas, y trabajaba con perfeccion la joyería y platería. Su reinado, que principió por actos de severa justicia, no fué de los menos gloriosos para las armas turcas que brillaron mas de una vez con aquella gloria que les recordaba sus primeros triunfos. La Alemania, la Prusia y la Persia se vieron reducidas á firmar tratados muy ventajosos para la Puerta; por último, dejó este príncipe á su muerte, gracias á la solicitud con la que vijilaba para conservar la paz, y procurar la felicidad de su pueblo, el imperio en un estado de prosperidad incontestable.

## CAPITULO XXVI.

SULTAN-OSMAN-KHAN III, HIJO DE SULTAN-MUSTAFA-KHAN II Y HERMANO DE SULTAN-MAHMUD-KHAN I.

Cuando Sultan-Osman, por la muerte de su hermano Sultan-Mahmud I, subió al trono, habia pasado ya cincuenta y tres años retirado en el antiguo serrallo. Admirado y deslumbrado este príncipe por el brillo de su inesperada elevacion,

lleva los adornos de oro: camina á la derecha del Gran Señor con la mano puesta sobre las ancas del caballo que monta el sultan. Lleva en un bolsillo su túnica, sobre el pecho, las sandalias de su señor metidas en una bolsa de seda. Su teniente el « ikindji-tchohadar » camina á la izquierda del sultan. El « tchohadar-agá » ó jefe del guarda-ropa esparce al pueblo, por toda la carrera desde el serrallo á la mezquita, puñados de pequeñas monedas nuevas de plata.

tan novicio en los negocios del estado, como en los principios de libertad, lo que mas llamó toda su atención fué la pompa que lo rodeaba y cuyo brillante espectáculo divertía su curiosidad pueril. De manera que cuando el conde de Vergennes, embajador de Francia, se presentó á la audiencia del gran visir, se mezcló Sultan-Osman entre el jénio con traje de abogado, y siguió á la comitiva. Un soberano de una disposición tan frívola y pueril necesitaba un guía en la elevada posición en que la fortuna lo habia colocado: convencido él mismo de su incapacidad, se apresuró á confiar al kizlar-agazi, sucesor de Bekir, la dirección de los negocios. No tardó el influjo de este favorito en despojar al primer ministro del sello del imperio para confiarlo á Said-Efendi, embajador que fué en Francia el año 1721; pero este lo conservó muy poco tiempo: Ali-Bajá-Oglou reemplazó á Said-Efendi, por un nuevo capricho del jefe de los eunucos, y porque era muy querido del pueblo y del ejército. No pudo sin embargo esta doble garantía impedir que cayese á su vez: envidioso el gran visir del favor que dispensaba el sultan al joven Ali, su silihdar-agá, el gran visir intrigó para alejarlo; mas fueron descubiertas sus intrigas, y al cabo de cincuenta días tuvo Ali-Bajá-Oglou que ceder el puesto á su rival.

Apenas habia ocupado la primera dignidad del imperio el ex-silihdar Ali-Bajá, cuando empezó á abusar de su poder percibiendo escandalosamente lo que no debia por razon de derechos; á estas injusticias se agregó una acusacion muy grave á los ojos del desconfiado y cruel Osman: temeroso este de que el voto de la nacion llamase al trono á alguno de sus sobrinos, hijos de Ahmed III, habia ya hecho perecer á tres de ellos, á los príncipes Muhammed, Bayezid y Orkhan: aun vivian dos hermanos mas de estos desgraciados, Mustafá, y Abdul-Hamid; el primero evitó la muerte, obligando con un puñal en la mano, al cirujano mayor (*djer-rah-bachi*) á que bebiese el veneno que le presentaba. El gran visir fué

acusado de tener relaciones reservadas con los príncipes presos. Furioso Sultan-Osman, hizo llamar al ministro á palacio, y abandonándose á la violencia de su carácter, le hubiere herido con su topuz (*maza*, arma antigua) si no lo hubiese impedido el mufti que presencié aquella escena. Mas no por eso evitó la muerte el desgraciado Ali-Bajá; esperábanlo los verdugos en la galería llamada *Iki-Kapou-Arazi* (espacio entre las dos puertas), sitio funesto para los dignitarios del imperio que incurren en la desgracia del sultan; y á poco rato se leyó debajo de su cabeza, espuesta en una bandeja de plata, á la puerta exterior del serrallo, esta amenazadora inscripcion: «Así deben perecer los traidores que abusan del favor de su señor.»

Una gran catástrofe marcó el principio del año 1755: incendióse una casa vecina á palacio y á los almacenes de la marina; el viento del norte soplabá con violencia, comunicándose el fuego al palacio del gran visir con suma rapidez. El vijía colocado sobre la torre del palacio del agá de los jenizaros, fué el primero que dió la señal, tocando unos grandes tambores destinados á avisar el pueblo. Al oír la señal, los guardas de los barrios y cuarteles recorrieron las calles de la ciudad pegando con sus chuzos sobre el empedrado, dando el grito de alarma *Yanghin var*, (¡fuego! ¡fuego!). Pero no acudiendo los socorros al momento, por efecto de una disposición de la policía, tomada para impedir el robo de las casas y que prohibe arrimarse al sitio del incendio hasta que los jenizaros, los baltadjis y sus jefes hayan acudido, aumentó el incendio con una horrosa rapidez, comunicándose á las tapias del serrallo. El sultan y todos los grandes dignitarios de la corte se presentaron en medio de los trabajadores animándolos con su presencia. Confiaban que la mezquita de Santa-Sofía podria, por su enorme mole, oponer un dique á las llamas; pero derretido el plomo de la cúpula por el calor de la atmósfera, corrió como un torrente abrasador sobre los trabajadores, que huyeron gritando do-

loridos y espantados. Ya no se pensó mas desde aquel momento en cortar el fuego, y abandonaron todos los edificios colocados bajo la dirección del viento norte, que soplabá continuamente con furor. Pero repentinamente cambió el viento al este conduciendo contra la ciudad las abrasadoras llamas que se extendian sobre un espacio de mas de mil y doscientas toesas. Trece llamas, semejantes á unos rios de lava, rodearon á Constantinopla, presentando en un momento un horroroso espectáculo. Una orta de los jenizaros, ocupada en cortar el fuego, derribando algunas casas, muchísimos habitantes, mujeres y criaturas perecieron víctimas de aquel terrible incendio que devoró las dos terceras partes de la ciudad.

Un rasgo de justicia que tiene relacion con aquella gran catástrofe, honra demasiado á Sultan-Osman para que la pasemos en silencio. Cuando se trató de reedificar el palacio del gran visir, se resolvió el aislarlo enteramente para precaver una segunda desgracia igual á aquella; con este objeto se compraron algunas casas contiguas para derribarlas: una mujer anciana se obstinó en no querer vender la suya, despreciando, tanto las ofertas como las amenazas, diciendo que queria morir en el mismo sitio en que habian muerto sus padres. Eran de parecer los ministros de arrancarle por fuerza la casa que no queria vender, mas el sultan se opuso, diciendo: «¡No se puede hacer eso, es su propiedad!» ¡Ejemplo bello de respeto á las leyes y á la equidad dado por el despotismo! (1).

Observando Sultan-Osman para con sus súbditos los deberes de la mas severa justicia, no por eso des-

cuidaba su autoridad. En dos años de su reinado mudó ocho veces de primer ministro: el mufti, que habia sido testigo de la desgracia del último, el infeliz Silihdar-Agá, poseia toda la confianza de su señor; creyó poder tomar un ascendiente favorable para la corporacion de los ulemas, cuyo jefe es el jeque-ul-islam; pero se irritó de tal modo Sultan-Osman de aquellas pretensiones, que hizo disponer al instante el patibulo. Aquella medida mitigó muchísimo el jénio ambicioso del mufti.

En aquella época recibió Muhammed-Raghyb-Bajá el sello del imperio: este ministro, diplomático, hábil y nacido para ocupar la presidencia del consejo de ministros, no la hubiera sin embargo ocupado por mucho tiempo mas que sus antecesores, si un acontecimiento imprevisto no lo hubiese conservado en el poder. Acababan de hacer á Sultan-Osman la amputacion de una lupia que tenia en un muslo, y esta operacion puso su vida en peligro; y sin embargo, con su jénio pueril, del que ya hemos citado algunos ejemplos, se hizo llevar al mirador del estremo del serrallo, para ver entrar la escuadra que regresaba del Archipiélago. Aquella imprudencia agravó su mal, y conducido casi al momento á palacio, espiró el 15 safer 1171 (29 de octubre de 1757).

Sultan-Osman reinó tres años, en los que no acaeció ningun suceso extraordinario: la paz se conservó con todas las potencias extranjeras; la conclusion de la magnífica mezquita *Nuri-Osmanisa*, principiada en el reinado de Sultan-Mahamud, segun el plan y dibujos de este mismo príncipe, que no tuvo tiempo de concluir, dejando á su hermano la gloria de ponerle su nombre, fué en lo interior, el suceso mas remarcable. Estableció cerca de este edificio una universidad (*medrezé*) compuesta de tres colejos, en los que alimentan y educan mas de ciento setenta alumnos (*danichmends*); finalmente, en 1755, hizo edificar una biblioteca (*kitab-khané*) llamada Biblioteca-Osman, en la que se admiran, entre otras preciosidades, dos manuscritos

(1) Esta anécdota hace recordar la del «Molinero sin pesadumbre;» pero es preciso confesar, comparando las dos, que la del soberano turco se aventaja á la otra; porque Federico II, para no cometer una injusticia, tuvo que volver en sí por la enérgica contestacion de su súbdito, mientras que Sultan-Osman se opuso naturalmente á un acto arbitrario que le aconsejaban sus ministros.

Además todas las naciones pueden recordar alguna historia por este estilo, atribuida á alguno de sus príncipes recomendable por su rectitud y justicia.

del Coran, el uno escrito por Alí, yerno del profeta, y el otro por Sultan-Osman I, fundador del imperio.

## CAPITULO XXVII.

SULTAN-MUSTAFA KHAN III, HIJO PRIMOGENITO DE SULTAN-AHMED-KHAN III.

Por el fallecimiento de Sultan-Osman III, conservó Muhammed-Raghyb-Bajá pacíficamente el sello del estado, del que ya trataba de despojarle su difunto soberano. Apresuróse el gran visir á alejar del antiguo serrallo al príncipe Mustafá haciéndolo proclamar padichah. Apenas había ocupado el trono, cuando llegó la noticia de un inaudito sacrilegio, que llenó de amargura y horror á los piadosos musulmanes, rodeando de un velo de tristeza el principio de aquel reinado. Los Beduinos, irritados porque el emir-ul-hadj se negó á pagarles el tributo que los sultanes se sometían á pagar á esas hordas nómadas, con el fin de asegurar el paso á los peregrinos por los desiertos de la Siria y de la Arabia, robaron y degollaron la caravana de la Meca. Angustiado el pueblo y sobrecojido por un temor supersticioso, miraba aquel suceso como un presajio fatal de las calamidades que debían acontecer, y señalar el reinado del nuevo sultan: súpose afortunadamente de allí á poco tiempo, que había ocurrido aquella catástrofe antes que muriese Sultan-Osman, por consiguiente de fecha anterior al nuevo reinado, y que había, por decirlo así, anunciado la muerte de aquel. Calmáronse los ánimos desde aquel momento, renació la esperanza, y una medida política de la autoridad restableció la tranquilidad: el kyzlar-agazi, que había causado el desastre de la caravana, destituyendo al emir-ul-hadj, á quien estimaban los Arabes, fué sacrificado á la venganza pública.

El día que el nuevo sultan fué á la mezquita de Eiub á ceñir la cimarra de Osman, se paró delante del cuartel de los jenizaros, quienes, según la costumbre establecida desde

el reinado de Sultan-Suleiman-el-Kanouni, le presentaron por manos de su agá la copa de *cherbet*: «¡ Camaradas! les dijo entonces S. A., la primavera que viene confío beberlo en vuestra compañía delante de las murallas de Bender.» Este lenguaje agradó á los soldados haciéndoles presajiar un reinado mas glorioso que el que acababa de concluir.

Siguiendo Sultan-Mustafá los consejos y experiencia de Raghyb-Bajá, restableció la economía en la hacienda, suprimió los abusos que pesaban sobre el pueblo, puso un freno al lujo, haciendo revivir las leyes suntuarias, y trabajó al restablecimiento de las antiguas virtudes de los musulmanes, que habían formado la fuerza y esplendor del imperio. Despojó al kyzlar-agazi de la perniciosa influencia que contrariaba la marcha del gobierno, revistiendo, de este modo, de una autoridad soberana á Raghyb-Bajá, cuyo talento y carácter apreciaba el sultan. Este ministro era de un jenio guerrero, viéndose además en circunstancias favorables para atacar al Austria, enemiga declarada del imperio de la media luna, halagando de este modo los deseos que manifestaba el sultan de merecer, á imitación de muchos de sus mayores, el glorioso renombre de *Chazi* (el Conquistador).

En aquella época, un motin extraordinario perturbó momentaneamente la tranquilidad de Constantinopla. Había carestía en aquella ciudad, de resultas de haber naufragado setenta buques que venían del mar Negro cargados de granos. Algunas mujeres de la plebe, acosadas por el hambre, forzaron los almacenes de arroz y trigo, y no quisieron retirarse, á pesar de la presencia del agá de los jenizaros y la del gran visir, hasta que se hizo acto continuo una distribución.

En 1760, un esclavo cristiano que se hallaba á bordo del navío almirante mandado por el kapudan-bajá, formó el atrevido proyecto de recobrar su libertad apoderándose de la *Kapudana* (navío almirante). Estaba entonces fondeada la escuadra delante de la isla de Stanco (*Cos*); aprove-



*Tombeau de Raghib Pacha.*

Sepulcro del bajá Raǧhil.